

PROBLEMÁTICA DE LA ARQUEOLOGÍA MEDIEVAL EN LA CIUDAD DE CÓRDOBA*

Emilio Cabrera

Difícilmente podrá exagerarse la importancia arqueológica, en el ámbito de los estudios medievales, de una ciudad como Córdoba porque en ese aspecto concreto tiene un protagonismo singular a causa de su especial significado en una época especialmente brillante de la historia medieval de España. Ninguna otra ciudad, salvo Toledo, puede reclamar su condición de corte real, en la Edad Media, durante tres siglos, a lo largo de los cuales actuó como capital de al-Andalus; una capital fija, donde sus soberanos residieron permanentemente. Esa circunstancia dio a Córdoba una gran complejidad urbana y una riqueza monumental inigualable en su época, a lo que hay que añadir la importancia que la ciudad siguió teniendo después de esa fecha, tanto en los restantes siglos del dominio islámico —después del hundimiento del Califato— como, luego, en la época de hegemonía cristiana, en la cual siguió siendo una de las primeras ciudades del reino de Castilla, junto con Sevilla y Toledo. Y todo ello sin considerar su pasado anterior, como ciudad clave de la Bética en la época visigoda y, anteriormente, como capital de la misma provincia, en época romana.

Nos estamos refiriendo, por tanto, a una ciudad donde el historiador no propiamente arqueólogo menos que en ningún otro sitio se puede permitir el lujo de inhibirse de los problemas de la arqueología. Por el contrario, tiene que estar atento a lo que sucede en ese ámbito de conocimiento, informado de los nuevos hallazgos y de los problemas continuamente renovados que se suscitan cada vez que entran en colisión dramática el estudio del pasado, por una parte, y la expansión y modernización de la ciudad, de cara al futuro, por otra.

* El texto de este trabajo fue, en su origen, una conferencia pronunciada el día 6 de marzo de 1997 en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Córdoba.

Una ciudad como Córdoba tiene, respecto de sus restos arqueológicos, muchos problemas y de muy diversa naturaleza. El primero de ellos es imputable a la propia importancia histórica de la ciudad. Por tanto, está constituido esencialmente por el volumen de los hallazgos y por el ámbito cronológico amplísimo que abarcan. Como está asentada en una de las comarcas más fértiles de la Península, ese hecho ha ejercido un poderoso atractivo, desde el punto de vista económico, del cual ha derivado, en gran medida, la importancia histórica de la ciudad y de su entorno, en el que es posible encontrar restos de presencia humana abundante y sostenida en todas las épocas imaginables desde la Prehistoria, la época prerromana, romana, visigoda y musulmana; sin olvidar los siglos de dominio cristiano en la Baja Edad Media, donde la ciudad asumió un gran protagonismo no sólo por su importancia económica y por su tradición y prestigio, sino también por su papel de primer orden en la defensa de la Frontera con Granada. Debido a esa condición, Córdoba fue algo así como la «punta de lanza» de Castilla frente al reino nazarí. Más aún: Córdoba es, con frecuencia, corte real, también en los siglos bajomedievales. Ese es un hecho que se olvida a menudo. Porque no sólo en la época de dominio islámico residen aquí los monarcas de la dinastía omeya; en la Baja Edad Media, cuando Castilla no tiene una corte fija, no es infrecuente que el rey establezca su corte en Andalucía, de forma temporal, sobre todo cuando hay que elegir un lugar de residencia cercano a la Frontera durante las campañas granadinas. Aquí residió, con frecuencia, Alfonso XI y con esa intención mandó construir el alcázar, en el siglo XIV; en ella tuvieron también su corte Fernando e Isabel, a lo largo de la Guerra de Granada. Y esas largas estancias en la ciudad fueron el fundamento de la predilección que, al parecer, sintieron hacia ella los dos monarcas citados. En el caso del primero, Alfonso XI, llegó al extremo de mandarse enterrar en Córdoba, y en ella reposan sus restos, junto con los de su padre, Fernando IV, junto al altar mayor de la colegiata de San Hipólito.

Córdoba fue, por otra parte, el lugar de asiento de una poderosa aristocracia territorial que asumió un papel de primer orden en la defensa de la Frontera. Y dado que la mayor parte de las familias nobiliarias residieron habitualmente en la capital, ese hecho ha dejado vestigios que todavía pueden ser rastreados en las casas y palacios que mandaron construir en la ciudad, o en las huellas que perviven en muchas de sus iglesias, aunque gran parte de esos vestigios hayan desaparecido o se hayan modificado muy sustancialmente a lo largo de los siglos.

La importancia de la ciudad a lo largo de la Historia ha tenido numerosas repercusiones de tipo arqueológico, tanto en sentido positivo como negativo. Por una parte, la acumulación de restos es muy evidente, pero también lo es la destrucción de una buena porción de ellos, reaprovechados, no siempre de forma honrosa, en construcciones de una época posterior. Sin la existencia de una próspera Córdoba califal seguramente la reutilización masiva de gran parte de las piedras de la Antigüedad tal vez no se habría realizado en la misma medida y esos restos quizá habrían llegado hasta nosotros en mayor abundancia y en su forma primitiva. Es bien conocida la utilización masiva de antiguas columnas romanas,

bizantinas y visigodas en la mezquita. Por otro lado, la fecunda cantera que fueron siempre los monumentos de la antigua Colonia Patricia y de la posterior capital de al-Andalus supuso la emigración hacia otras ciudades andaluzas, en época tardía, de muchos de los restos conservados en ella. En efecto, no pocas piedras de Medina Azahara han terminado por convertirse luego en sillares o en adornos, simplemente, de las mezquitas o de las casas de la Sevilla almohade. Emilio García Gómez recogió datos referentes a un funcionario llamado Ibn Baso el cual, ya antes del año 1063, malbarató algunos de los materiales que quedaban en Medina Azahara vendiéndolos en pública subasta. Y por ese procedimiento se liquidaron fustes de columnas, mármoles, maderas, metales e, incluso, tuberías de agua. Ibn Hayyán, que es quien nos transmite la noticia, dice que «los embajadores de los reyes venían a comprarle aquellos materiales en los precios más altos (...) hasta agotarlos al cabo del tiempo». El insigne arabista hacía notar, por cierto, que el nombre de ese funcionario, Basso, es un nombre raro y de origen romance; y observaba que ese mismo nombre, Basso, era el de quien, dos siglos después, actuó como arquitecto de la Giralda de Sevilla, el cual —dice— tuvo ocasión entonces, con la excelencia de su obra, de salvar el honor de la familia, empañado por el despreciable comportamiento de ese probable antecesor suyo. Lo cierto es que en la Giralda hay columnillas en los ajimeces que conservan sus firmas y a través de ellas sabemos que proceden de Medina Azahara, lo mismo que sucede en el *bañuelo* de Granada.

Pese a la dispersión que se ha producido de los restos arqueológicos de Córdoba, el volumen y la importancia de ese patrimonio es inabarcable con la infraestructura y con los fondos que la ciudad dedica a las actividades arqueológicas. Ello tiene todo tipo de repercusiones, casi siempre negativas, en relación con el estudio de esos testimonios. El número de arqueólogos disponibles no permite estudiar concienzudamente todo lo que aparece. Y, cuando es posible hacerlo, se realiza con tal precariedad de medios y con tal apremio de tiempo, que no ha comenzado aún la labor de sistematización de los hallazgos de un determinado yacimiento cuando hay que dedicar las energías a rescatar otro nuevo que acaba de aparecer. Es un círculo vicioso imposible de dominar.

Por otra parte, los arqueólogos se quejan, con razón, de la falta de medios y también del escaso sosiego para poder estudiar con detenimiento los hallazgos. Y esos hallazgos se acumulan, sin que puedan ser sistematizados, ordenados y analizados adecuadamente. Se puede cubrir, más o menos apresuradamente, el proceso de la excavación; pero no siempre es posible llevar a buen término el estudio de los materiales para obtener de ellos un resultado verdaderamente útil y fecundo en relación con el conocimiento histórico que es, en definitiva, el fin al que deben tender los trabajos de un arqueólogo. En otro sentido, los empresarios de la construcción viven en continua zozobra ante la posibilidad de que en un solar en obras a su cargo aparezcan restos del pasado. Y, cuando aparecen, ello da lugar a una lógica impaciencia por parte del constructor porque, conociendo de antemano los trámites y dilaciones que le esperan una vez aparecidos esos vestigios,

se procura ocultar cualquier hallazgo de importancia que pueda surgir en el proceso de remoción de tierras con el fin de ahorrarse los inevitables retrasos que derivarían de una inminente paralización de las obras para realizar la consiguiente excavación de urgencia.



Figura 1. Cimientos de casas en el Polígono de Poniente, a más de 1.000 m. de la muralla occidental de la ciudad (E.C., 1994).

Todo ello tiene inevitables derivaciones no deseadas que en algunas circunstancias han dado lugar a escándalos más o menos conocidos y sonados. La historia de las actuaciones arqueológicas en nuestra ciudad está plagada de grandes atropellos y atentados contra el patrimonio histórico. Es de dominio público la aparición de un mosaico romano, en el actual centro de la ciudad, con motivo de la construcción, hace años, de una empresa comercial. Se ha dicho que el mosaico fue desmontado cautelosamente, cargado en un camión y sacado del solar durante la noche, para no detener el ritmo de la obra. Asunto especialmente grave es el que se suscitó en torno a las tumbas aparecidas al oeste de los Baños califales, hacia 1977 o 1978, y que fue denunciado por Alejandro Marcos Pous en un artículo publicado unos años después.¹ Aludía en él a las actuaciones sucesivas

1.- El artículo apareció en *Córdoba*, el 29 de mayo de 1983.

que se produjeron en el entorno del antiguo alcázar califal desde que, en 1922, se realizaron las primeras de ellas en el patio del edificio erigido por el obispo Mardones, donde apareció un muro paralelo a la calle Amador de los Ríos que se supuso era parte de la antigua muralla del alcázar califal. El Dr. Marcos Pous globalizó también brevemente, en ese artículo, las actuaciones infructuosas que se sucedieron allí. Primero, las del Profesor Castejón, en 1963; luego, las de Félix Hernández y Ana María Vicent, que tuvieron lugar en 1971 y 1972 en ese mismo sector, entorpecidas por las innumerables cortapisas que se ofrecieron a la labor de estos dos arqueólogos; y, finalmente, recordaba Marcos Pous el ya aludido escándalo de 1977 o 1978 en torno a las mencionadas tumbas; un escándalo que trascendió mucho menos que algunos de los más recientes, pues se realizaba en plena transición política, cuando la libertad de prensa —entonces teórica solamente y sin ningún rodaje— no había alcanzado todavía los niveles que tiene hoy.

El hallazgo se produjo, como queda dicho, al oeste de los Baños Califales. Con motivo de la construcción de alguno de los edificios allí existentes apareció una estancia de planta central llena de sepulturas de una gran riqueza con presencia de ataúdes adornados a base de marfiles. La calidad de los materiales aparecidos y su coincidencia aproximada con el lugar donde suele situarse la *Rawda* o cementerio califal hizo suponer, desde un primer momento, que podía tratarse de los enterramientos de alguno o algunos de los miembros de la familia omeya, reinante en Córdoba entre los siglos VIII y XI. De ahí el que todo ello se ocultara y se hiciera desaparecer de inmediato por lo comprometedor que podía resultar. Y el sigilo debió de guardarse de forma eficaz porque el asunto no trascendió hasta mucho tiempo después.

Una polémica especialmente enconada fue la que suscitó el intento —frustrado, como tantas veces— de construir, en 1984, un gran aparcamiento subterráneo en la avenida del Gran Capitán, en pleno casco histórico de la ciudad, cuando la pala excavadora exhumó no sólo algunos tramos de la muralla —un resultado fácilmente previsible— sino también otros restos tal vez de no excesivo interés pero lo bastante significativos como para provocar una agria polémica que dio al traste con el proyecto y tuvo, como único resultado positivo, acondicionar esa parte de la citada avenida como calle exclusivamente peatonal.

Pero de todos los conflictos surgidos en torno a la eterna confrontación entre el pasado y el futuro de la ciudad, el que mayor trascendencia ha tenido es el que se planteó a partir de la primavera de 1991 con motivo de la construcción de la nueva estación del ferrocarril. Aquí, la pala excavadora dejó sobrecogida a la ciudad y a todo el país con la aparición de una impresionante cantidad de ruinas de enorme importancia arqueológica. Entre ellas apareció una estructura semicircular que ha sido definida como criptopórtico, rodeada de construcciones anejas de gran complejidad y envergadura, muchas de ellas adornadas con cuidados mosaicos. Se ha comprobado también la presencia de un gran salón y de unas termas cercanas a él. Aunque no han aparecido abundantes textos epigráficos, algunos de los hallados han permitido a uno de los miembros del equipo excavador,

el joven arqueólogo Rafael Hidalgo, elaborar una arriesgada, aunque muy brillante propuesta identificando parte de las ruinas aparecidas con un palacio imperial que habría mandado edificar el emperador Maximiano, uno de los dos augustos que, juntamente con Diocleciano, encabezaron el régimen de la tetrarquía. Se ha supuesto que Maximiano, cuya presencia en Hispania está atestigüada a finales del siglo III con motivo de la preparación de las campañas contra los *mauri* del norte de Africa, habría residido en Córdoba durante algunos años, lo cual justificaría la construcción de ese palacio, si se admite que la función del mismo fue la de ser una residencia imperial. Todo ello abre camino a una infinidad de sugerencias. En efecto, la presencia del tetrarca en Córdoba otorgaría un protagonismo indudable a la ciudad que tal vez se perpetuó en los decenios siguientes, ya en el siglo IV. Y tal vez todo ello guarde alguna relación con el papel que representó, en la época de Constantino —hijo del lugarteniente o *césar* de Maximiano, Constancio Cloro—, un obispo de Córdoba, Osio, cuya presidencia del concilio de Nicea del año 325 nunca ha podido explicarse de manera satisfactoria.

Para los medievalistas, las ruinas encontradas en Cercadilla son igualmente muy sugerentes. En primer lugar, porque explicarían de forma mucho más convincente algunos pormenores referidos a la conquista de la ciudad por parte de los musulmanes, pocos meses después de producirse la invasión, confirmando y



Figura 2. Aspecto de las excavaciones realizadas en la Avenida del Gran Capitán en 1984. En primer término, en el centro, un muro de aparejo califal (E.C., 1984).



Figura 3. Panorámica general de las excavaciones de Cercadilla. En la parte derecha, delante de un árbol, el conjunto de ruinas de la supuesta basílica de San Acisclo. Más hacia el centro, el enorme criptoportico de época bajoimperial. En primer término, el trazado provisional de las vías que luego cubrirían la mayor parte del yacimiento (E.C., 1992).

haciendo más digno de crédito un pasaje del *Ajbar Machmúa* que cuenta la resistencia que ofrecieron a los invasores un grupo de guerreros visigodos de Córdoba, encerrados durante algunos meses en la iglesia de San Acisclo. Entre las ruinas situadas en el sector norte del criptoportico existe, en efecto, lo que parece ser una pequeña iglesia o un recinto utilizado para ese fin junto al cual han aparecido indudables restos de un incendio y en torno a él se han hallado numerosos enterramientos cristianos, entre ellos el de dos obispos llamados, respectivamente, Lampadio y Sansón, el primero, muerto a mediados del siglo VI y el segundo en una fecha indeterminada y discutida. Es uno de los pocos sectores del complejo arqueológico de Cercadilla que ha podido salvarse de la destrucción subsiguiente a las obras del ferrocarril. Si pudiera identificarse ese espacio con la iglesia de San Acisclo —y su situación exactamente al oeste de Córdoba concuerda con lo que se afirma en el *Ajbar Machmúa*— la tenaz resistencia de ese grupo de cristianos a los invasores islamitas resultaría más fácil de explicar asociándola, claro está, a las condiciones que podía ofrecer para ello no ya la pequeña iglesia sino, sobre todo, el formidable complejo de edificios que la rodeaban.



Figura 4. Restos de la supuesta iglesia de San Acisclo con enterramientos mozárabes de época emiral (E.C., 1991).

En definitiva, y retomando el tema principal, una buena parte de los problemas que afectan al estudio de los hallazgos arqueológicos de la ciudad tiene su fundamento, por tanto, en el volumen extraordinario de restos que aparecen por doquier y en el inevitable apresuramiento con que han de ser estudiados. Y una situación semejante es, incluso, peligrosa porque puede dar lugar a connivencias no deseadas entre constructores y arqueólogos que repercutan negativamente en la conservación, en el estudio y, en definitiva, en el conocimiento histórico que esos restos podían proporcionar.

Por tanto, resumiendo, el problema básico es el de la superabundancia, la complejidad y riqueza de restos que encierra el subsuelo de Córdoba así como el de las indudables dificultades y cortapisas que ofrece a la construcción o a las obras de acondicionamiento urbano propias de una ciudad moderna.

Un segundo problema especialmente grave es el de la formación de los arqueólogos. Es una cuestión que afecta a la Arqueología, en general pero, muy particularmente, a la Arqueología medieval. Siempre es preferible dejar un yacimiento sin estudiar que permitir que se estudie de forma inadecuada. Cuando ese yacimiento está en despoblado y no corre prisa su estudio, constituye una aberración plantear una campaña encomendando las excavaciones a personas sin la formación necesaria para hacerlo. Pero el problema se plantea, sobre todo, cuando el hallazgo se produce en el interior de la ciudad y cuando necesidades de cons-



Figura 5. Interior del criptopórtico (E.C., 1992).

trucción o remodelación hacen imprescindible una cierta celeridad en los trabajos acorde con las exigencias de ordenación urbana y compatible también con los intereses económicos de las personas o entidades que promueven esas iniciativas. Aquí, la diligencia con que hay que actuar exigiría, más que nunca, una cualificación extraordinaria del personal implicado porque no sólo es necesario hacer bien el trabajo sino, además, imprimirle el ritmo adecuado. Y esas dos condiciones sólo puede cumplirlas un equipo bien formado y versátil, en definitiva, compuesto por numerosos especialistas en las múltiples materias que es necesario dominar hoy día para obtener toda la información que puede esperarse de los hallazgos.

Un problema adicional presenta el hecho de que las excavaciones están encomendadas casi siempre a arqueólogos que no son propiamente medievalistas. Y aunque es evidente que las técnicas y los métodos de la arqueología son básicamente comunes para todos aquellos que se dedican a su práctica (tanto si lo hacen en el campo de la Prehistoria como si se dedican a épocas mucho más recientes) también lo es que la especialización en el campo de la arqueología es un hecho indudable al que ya resulta imposible sustraerse. Los progresos realizados en los últimos tiempos en el campo de la arqueología medieval, por una parte, y las posibilidades complementarias que el manejo de textos escritos abundantes proporciona a la mejor comprensión y estudio de los restos materiales rescatados en el curso de una excavación deberían obligar a ser mucho más conse-

cuentas a la hora de seleccionar al personal integrante de los equipos que tienen a su cargo las excavaciones de urgencia. Y en Córdoba, hoy por hoy, y con alguna rara excepción, los arqueólogos medievalistas se puede decir que no están representados casi en absoluto en esos equipos.

Todo ello es muy lamentable porque no hay ni que decir que los restos medievales son mucho más abundantes que cualesquiera otros. Por otra parte y dada la brillantez de la civilización andalusí, son, con mucha frecuencia, restos de gran calidad en todos los sentidos, lo cual añade una razón más al interés que debe despertar su estudio y tratamiento. Aquí el problema consiste en que la casi total ausencia de medievalistas en esos equipos da como resultado el escaso interés — por no decir el desinterés— que muchas veces suscitan los hallazgos. Con frecuencia no sólo es que no les interesan los restos medievales; es que, con frecuencia, los desprecian, y el resultado de todo ello es, cuando más, el estudio apresurado —si es que lo hay— de tales vestigios, que son examinados con desgana —cuando no arrasados prematuramente—, para concentrarse en los restos romanos, que constituyen el espejuelo tras el que se mueven casi siempre nuestros arqueólogos clásicos.

Sin duda, sería excesivo afirmar que ésa sea la regla. Afortunadamente, no es así. Pero sí es bastante común, por desgracia, una actitud displicente en relación con los restos de época medieval; incluso por los restos de época islámica, en concreto, a pesar de la tradición y del prestigio que tienen en una ciudad como Córdoba. Debo aclarar enseguida que no estoy incurriendo en ninguna exageración, y una anécdota muy elocuente bastará para probar hasta qué punto está extendida esa actitud. El día 22 de diciembre de 1996, encontré por la calle a dos arqueólogos cuyos nombres no citaré. Ocupan, los dos, sin ninguna duda, un lugar de privilegio entre las personas más competentes, profesionales y entregadas de cuantos se han dedicado a las actividades arqueológicas en Andalucía durante los últimos decenios. Me detuve a hablar con ellos junto a los jardines de la Merced, muy cerca del lugar donde se encontraba la antigua *Bab al-Yahud*, llamada luego, en época de dominio cristiano, Puerta del Osario. Me comentaron allí algunos pormenores de las actuaciones arqueológicas más recientes de todas las practicadas en la ciudad y la conversación derivó hacia la reconstrucción nada ejemplar que se había hecho en un trozo de muralla junto a la antigua Puerta del Osario, hoy ya inexistente. Uno de mis dos interlocutores, de la manera más ingenua, olvidando, por un momento, que hablaba con un medievalista, comentó, literalmente: *¡Bueno, en realidad, menos mal que eran restos medievales!* No me dio tiempo de replicarle: la otra persona que lo acompañaba le lanzó una mirada fulminante reprochándole lo doblemente inoportuno de su comentario y diciéndole que, medievales o no, los restos habían sido muy mal tratados y ello era una gran fechoría.

Pero esa actuación referente a la muralla no es sino uno más de los ejemplos que podrían mencionarse. Son bien conocidos muchos otros. Me consta, por citar uno más, la aparición relativamente reciente de las ruinas de una mezquita en las

obras de construcción de la estación de autobuses. Tal vez no eran muy importantes esas ruinas. Pero es llamativo que no haya trascendido el descubrimiento. No es infrecuente el arrasamiento, sin más, de otros hallazgos simplemente porque son «muros medievales sin interés». En cambio el mausoleo romano de la Puerta de los Gallegos, que no es precisamente una joya arquitectónica, ha ofrecido todos los días mil problemas al tráfico en el centro de la ciudad desde hace cinco años y sólo al final de tanto tiempo hemos estado en condiciones de comprobar, a partir del verano de 1998, cuál iba a ser el resultado de todo ese largo proceso: un edificio circular producto de la imaginación de quien lo ha construído con más fantasía que fundamento. Bienvenido sea, sin embargo, si ha de servir para perpetuar vestigios romanos, por una parte, y para concienciar a los ciudadanos de la importancia que tienen los hallazgos arqueológicos y la compatibilidad de los mismos y, por tanto, del pasado, con la actividad propia de una ciudad moderna.

Seguramente todo ello mejoraría si los medievalistas tuviéramos mayor protagonismo en los equipos de arqueólogos de la ciudad. Y probablemente nos cabe algún tipo de responsabilidad al no estar presentes de manera más significativa en ellos. En nuestro descargo hay que recordar, por una parte, las dificultades que existen para poner en funcionamiento, partiendo de cero, un equipo de historiadores de la Edad Media en una ciudad sin tradición reciente y sería en ese tipo de estudios, con una universidad muy joven todavía y con enormes dificultades para conseguir la necesaria estabilidad profesional de sus miembros que asegure una cierta vigencia de los proyectos y, consiguientemente, de sus logros. Lo de la dedicación específica a la arqueología es una dificultad adicional. Es bien sabido el tiempo que se tarda, de ordinario, para la formación de un grupo de trabajo dedicado específicamente a ella, que implica, por otro lado, la mayor parte de las veces, una dedicación total y absoluta a esa manera de aproximarse al conocimiento de la Historia. Pese a todo, esos equipos existen o están en formación y han ido surgiendo al compás de los recientes progresos realizados por la Arqueología medieval en los últimos lustros, y no sólo en la nuestra sino también en universidades incluso más jóvenes. Pero, junto a esas dificultades, existen otras sobre las que nunca se insistirá bastante.

La arqueología es, esencialmente, una técnica al servicio de la Historia, de la misma manera que lo son también la Paleografía y la Diplomática para quienes se aproximan al conocimiento del pasado a través de los testimonios escritos en material blando. Schiaparelli definía a la Paleografía como «modesta sierva de la Historia», pero subrayando, al mismo tiempo, como rasgo característico de la misma, la objetividad, una virtud de la que puede sentirse orgullosa y que su señora, la Historia, no posee por sí misma. En cierto modo podría afirmarse lo mismo de la Arqueología. Sin embargo, ese carácter de técnica auxiliar no lo han aceptado, desgraciadamente, muchos arqueólogos, que se han dejado obnubilar por los éxitos espectaculares que muchas veces cosechan en sus campañas de excavación —muy meritorias y que nadie discute— y por la resonancia que sus

logros espectaculares suelen tener socialmente a través del eco que encuentran en los medios de comunicación de masas. Todo ello ha producido en muchos de ellos la convicción de que su «ciencia» es superior, tal vez porque, sin duda, la Arqueología es imprescindible o casi imprescindible para los estudios referidos a la Antigüedad, respecto de la cual el número y calidad de los testimonios escritos no es, en algunos casos, relevante.

De todas formas, esa apreciación, que puede ser válida para el estudio de la Antigüedad, ya no lo es para el de la Edad Media, sobre la cual los testimonios escritos son mucho más numerosos y explícitos hasta el punto de ser estos últimos los que marcan la pauta, claramente, para la reconstrucción del pasado. La Arqueología debía ser, por lo tanto, un medio abierto, en principio, a quien, con los conocimientos específicos de la época en la que es especialista y también, obviamente, con los conocimientos arqueológicos suficientes —mucho más si se cuenta con la asistencia de un equipo bien formado—, está en condiciones de obtener unos resultados fiables en el estudio de un yacimiento. Sin embargo, muchos arqueólogos no lo entienden así e interpretan como una intromisión de los historiadores la participación de estos últimos en campañas de excavación.

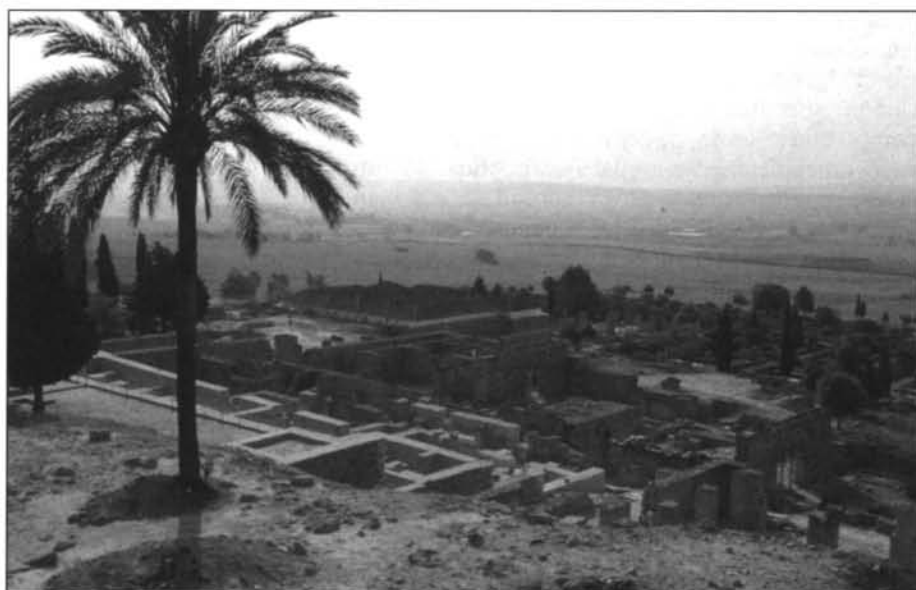


Figura 6. Sin duda, el mayor reto que tiene planteado la arqueología medieval en Córdoba es la prosecución de las excavaciones y la conservación de Madinat az-Zahra. Panorámica general del conjunto (E.C., 1995).

Por otra parte, la Arqueología mueve mucho dinero en España y facilita la oportunidad de apuntarse importantes méritos en un *curriculum vitae*. Todo ello conduce al intento de crear un círculo reducido tratando por todos los medios de que no accedan a él sino los que ya están dentro, lo que se traduce, a menudo, en toda suerte de cortapisas para la concesión de permisos de excavación y permite explicar la poca altura de miras que existe, con frecuencia, en el tratamiento que reciben las solicitudes que pretenden obtenerlos. Nadie que no lo haya probado sabe hasta qué punto, con más frecuencia de lo deseable, pueden ser arbitrarios e injustos los criterios y los mecanismos a través de los cuales se conceden —o se niegan— los permisos de excavación, cuya gestión está, algunas veces, en manos de personas sin formación adecuada y capaces de provocar situaciones de verdadero sonrojo. En ciertos casos —digo y repito, en ciertos casos— tal actitud da lugar a la formación de algunos de los círculos más cerrados de cuantos existen hoy día en el país entre quienes se dedican a un campo concreto del cultivo de la Historia. Y no se crea que estamos ante un problema local o regional, presente sólo en Córdoba o en Andalucía; hace más de diez años, quien esto escribe oía las quejas de arqueólogos (medievalistas) de otras regiones, muy alejadas geográficamente de esta última, que también eran víctimas de tratos discriminatorios en la adjudicación de proyectos por parte de quienes tenían la facultad de concederlos. Los arqueólogos medievalistas —el autor de estas líneas, aunque muy interesado por el tema, no lo es propiamente y, por tanto, puede hablar de ello con libertad plena— son siempre recién llegados pues su especialidad es todavía muy joven, hasta el punto de que quienes se dedican a ella apenas han tenido tiempo de hacer otra cosa que trabajar ahincadamente en la difícil empresa de descubrir yacimientos absolutamente desconocidos, acumular datos para futuras excavaciones y hacer camino al andar, a cada nuevo proyecto de excavación, estableciendo sobre la marcha la tipología de unos hallazgos que sólo los prehistoriadores y arqueólogos clásicos tienen establecida desde antiguo para sus respectivos campos de actividad.

Una cosa debe quedar clara en relación con el tema que estoy tratando. No tengo, como es lógico, ningún interés en criticar a los arqueólogos que se dedican, con gran abnegación y también, a menudo, con gran precariedad de medios y de tiempo —aunque con resultados positivos— a la práctica de la arqueología, en general, y de la arqueología clásica en particular. Todo lo contrario. Siento una gran admiración hacia su esfuerzo y hacia sus logros que, en numerosas ocasiones, son extraordinariamente brillantes y fecundos. Como muchos otros estudiosos de la Historia, sigo sus trabajos con gran interés, en primer lugar porque algunos de ellos son de excepcional calidad. En concreto, buena parte de los que trabajan en Córdoba nos están llevando a un conocimiento pormenorizado de la Historia antigua de la ciudad —y también la de su ámbito geográfico— haciendo posible la explicación más racional de muchos intrincados problemas referentes tanto al protagonismo que Córdoba desempeñó en el mundo romano como al que igualmente tuvieron algunos de los personajes más ilustres que vivieron en ella en



Figura 7. Perspectiva sobre el Dar al-Chund o «Casas del Ejército», de Madinat az-Zahra, recinto al que ahora se asigna una función diferente de la que se le había atribuido de forma tradicional (E.C., 1995).

la época de la romanidad tardía o de la Alta Edad Media. Muchos medievalistas, a diferencia de lo que sucede con algunos inexpertos arqueólogos dedicados a la Antigüedad, consideramos que, antes que medievalistas, debemos ser historiadores, lo cual nos obliga a interesarnos por el conocimiento global de la Historia y no solamente por una parcela de ella. Pero, sin dejar de reconocer el valor de los trabajos que ellos hacen en muchos casos, no debo pasar por alto, sin criticarla, la actitud displicente que algunos de ellos —no todos, por fortuna; ni siquiera la mayoría— sienten hacia lo medieval: una actitud de desprecio con antecedentes muy antiguos que se remontan a la época en que se produjeron los primeros escarceos serios en el campo de la arqueología clásica, ya desde el Renacimiento y, sobre todo, en la era del Neoclasicismo, dos épocas especialmente brillantes dentro de los siglos de la Modernidad, que se caracterizaron también por el aborrecimiento sistemáticamente practicado contra todo o casi todo lo medieval, hasta el punto de acuñarse en la primera de ellas la propia expresión «Edad Media», que refleja, mejor que cualquier otro razonamiento, la actitud displicente, negativa y de auténtico desprecio hacia una época que ni se entendía ni se intentaba siquiera entender.

Es ésa una actitud anticuada que ninguna persona verdaderamente seria, culta y con conocimiento de la historia se atreve a sostener en estos tiempos. Y



Figura 8. En la reconstrucción de Madinat az-Zahra, el mayor esfuerzo se ha desplegado, sin duda, en el entorno del gran salón (E.C., 1995).

así, afortunadamente, como ya he subrayado, entre los cultivadores actuales de la arqueología clásica, tal postura no es, tal vez, mayoritaria, aunque está bastante extendida. Hay que reconocer, por otra parte —y me importa subrayarlo—, la labor ejemplar que han hecho y siguen haciendo muchos arqueólogos dedicados esencialmente a la especialidad citada que, no obstante, han prestado servicios extraordinarios a la arqueología islámica, en concreto, con gran abnegación y excelentes resultados.

Una de las cuestiones más graves en relación con nuestro tema es la utilización de la Arqueología y los hallazgos arqueológicos como arma arrojadiza, como una más, entre tantas. Por ejemplo, en las contiendas políticas. En el caso concreto de Córdoba, tenemos dos ejemplos bien claros, ya aludidos con anterioridad. Quienes asistimos desde cierta distancia, pero con interés, a los debates en torno a las obras para la construcción del frustrado aparcamiento subterráneo en la avenida del Gran Capitán y, luego, a la exhumación de las ruinas de Cercadilla sabíamos de antemano cuál iba a ser el resultado de todo ello. Es decir, ningún resultado. Es una manipulación más de las muchas que se han hecho de la Historia —en este caso de los restos del pasado— a lo largo del tiempo.

Sin embargo, todos esos problemas serían *peccata minuta* si no existieran otros que contribuyen a agravar la situación. Ya me he referido a algunos de ellos. En primer lugar, lo reitero una vez más, la urgencia con que se suelen realizar la mayor parte de los trabajos arqueológicos, que no permiten estudiar los hallazgos con el necesario detenimiento. Es, sin duda, una característica esencial de la arqueología urbana y está presente en todas partes. Lo que ocurre es que en una ciudad como Córdoba, la situación se agrava por la cantidad de frentes que hay que cubrir sin contar con la abundancia de personal especializado. Precisamente por todo ello tendrían que existir equipos suficientemente numerosos de arqueólogos con buena formación para hacer frente a semejante reto. ¿Es esa una buena perspectiva de futuro para nuestros jóvenes arqueólogos medievalistas? En teoría, seguramente sí, aunque los recursos económicos de nuestro país, en general, y de nuestras ciudades, en particular, tal vez no están en condiciones de invertir mucho dinero en proyectos demasiado ambiciosos.

Otra cuestión negativa es, a mi juicio, la grandilocuencia que suele estar presente algunas veces en la presentación de los hallazgos. Es fácil, a veces, obsesionarse, con el «tesoro de Príamo» —como le ocurrió a Heinrich Schliemann cuando excavó Troya— y dejar a un lado otras actividades más llevaderas, urgentes y realizables. En cierto sentido, es normal que así sea, por otra parte. No hay nada más legítimo que el deseo de proclamar nuestros logros en el campo científico, sobre todo si son espectaculares. Pero otros objetivos aparentemente más modestos también son necesarios. Pongo un ejemplo. Hace ya más de siete años que aparecieron innumerables restos humanos en el yacimiento de Cercadilla. Todavía no sabemos casi nada de ellos. Es comprensible que el mayor esfuerzo se haya concentrado en los grandes hallazgos del supuesto palacio de Maximiano cuya identificación, como tal, estamos dispuestos a creer, a pesar de que las evi-

dencias —muy grandes, sin duda, y expuestas y defendidas de manera magistral— no son, sin embargo, absolutamente concluyentes. Pero hay otras cosas que nos interesaría conocer también, quizá, incluso, con más urgencia. Por ejemplo, en relación con los restos humanos a los que acabo de aludir. Si no sabemos nada de ellos porque se están estudiando detenidamente y de forma debida, bendita sea nuestra ignorancia. Será señal segura de que se va a hacer un buen estudio concediéndose el tiempo necesario para su reflexión. Pero me temo que el silencio que se refiere a esos restos sea algo más que silencio; sospecho que lo que puede haber detrás de ellos sea olvido o quizá algo peor. Espero y deseo equivocarme. Su estudio, en todo caso, permitiría un buen conocimiento antropológico de los hombres y mujeres que vivieron en Córdoba desde el Bajo Imperio a la época califal, porque deduzco que los enterrados allí podrían ser muy bien desde los mártires de la época de Diocleciano hasta los mártires mozárabes de mediados del siglo IX. Desde luego, me consta que respecto de los fémures correspondientes al obispo Sansón —un personaje desconocido hasta ahora y a quien en un principio se ha querido identificar, sin prueba alguna, con el célebre abad mozárabe del mismo nombre, olvidando que en la onomástica de la época la utilización de los nombres bíblicos era muy frecuente— se ha especulado sobre la presencia en ellos de huellas más o menos evidentes de martirio, probablemente por habersele aplicado un hierro candente. Lo mismo cabe decir, en cuanto a su conservación y estudio, de los restos humanos encontrados en el cementerio islámico de Amir, frente a la Puerta de los Gallegos (la *Bab Amir* islámica), y en el cementerio también islámico aparecido en las obras de la Avenida del Aeropuerto, aunque en este caso parece que vamos a tener noticias de todo ello en breve gracias a los trabajos de Laura Aparicio.

Añadamos a todo esto el gran problema de la falta de interdisciplinariedad. Mientras nos empeñemos en querer saberlo todo y abarcarlo todo; mientras persistamos en querer cubrir personalmente todos los frentes sin contar con el asesoramiento de verdaderos especialistas y cayendo en el error de poner en manos inexpertas misiones que exigen una formación especializada y, por tanto, eficaz, el conocimiento histórico no prosperará adecuadamente. Todos somos culpables de esa situación. Pero unos más que otros. Confieso, con toda sinceridad, que jamás se me ha formulado la menor consulta, por parte de los equipos arqueológicos de la ciudad, en relación con hallazgos referentes a la época medieval de Córdoba. Ejercicio como catedrático de Historia Medieval en su Universidad desde hace veinte años y seguramente tengo algunas ideas y datos que aportar en ése y en otros terrenos. Por lo demás, me consta que no soy el único, entre mis compañeros de Facultad dedicados a las disciplinas históricas, en estar legitimado para realizar tal afirmación y en formular una queja semejante, todo lo cual es un indicio claro de la autosuficiencia y de la prepotencia que caracteriza a ciertos ámbitos en los que se practica la arqueología. Ninguna disciplina al servicio de la Historia exige más que ella en el tema del trabajo interdisciplinario. Pero hay muchísimos recelos que impiden llevarlo a cabo. Y es una lástima porque, si se

EMILIO CABRERA

produjera lo contrario, el conocimiento histórico experimentaría un gran progreso. Y ésa es justamente la misión que le toca cumplir a la Arqueología como ciencia auxiliar de la Historia.

Tal vez estas páginas transmitan una imagen un tanto sombría sobre los problemas de la arqueología medieval en Córdoba, aunque no sea ésa la intención de su autor. Sería injusto no dejar constancia de que, con todo, los arqueólogos han hecho mucho por el conocimiento de la Historia Medieval de Córdoba y han sabido transmitirnos, conservándolo, un patrimonio monumental extraordinario. De todas formas, es siempre necesario y conveniente conocer los aspectos negativos porque ésa es la única manera de superarlos. Si estas líneas sirven para modificar una tendencia, su autor tendrá motivos para congratularse con su publicación.